

No debe sorprendernos que el capitalismo esté vinculado a la abstracción, porque no nace de la industria sino del comercio; no del artesano, que es rutinario, realista y estático, sino del mercader aventurero, que es imaginativo y dinámico. La industria produce cosas concretas, pero el comercio intercambia esas cosas, y el intercambio tiene siempre en germen la abstracción, ya que es una especie de ejercicio metafórico que tiende a la identificación de entes distintos mediante el despojo de sus atributos concretos (*Ensayos*, pp. 174-175).

En varios pasajes, Fernando se ríe de la inocente fe en la Ciencia y en el Progreso que caracterizó al movimiento socialista argentino:

Pero el Progreso de las Ideas era incesante y tarde o temprano al Amanecer era inevitable. Mientras tanto, había que luchar contra las fuerzas organizadas del Estado, había que denunciar la Impostura Clerical, había que minar al Ejército y promover la Educación Popular. Se fundaban bibliotecas en que no sólo se encontraban las obras de Bakunin o Kropotkin, sino las novelas de Zola y volúmenes de Spencer y Darwin, ya que hasta la teoría de la evolución les parecía subversiva, y un extraño vínculo unía la historia de los Peces y Marsupiales con el Triunfo de las Nuevas Ideas. Tampoco faltaba la *Energética*, de Ostwald, esa especie de biblia termodinámica en que Dios aparecía sustituido por un ente laico, pero también inexplicable, llamado Energía, que, como su predecesor, lo explicaba y podía todo, con la ventaja de estar relacionado con el Progreso y la Locomotora (p. 312).

Casi exactamente lo mismo había escrito el joven Sábato en 1951:

Y aquellas bibliotecas en que se acumulaban libros de tapas blancas, con el retrato del autor en un óvalo: Reclus, Spencer, Zola o Darwin, ya que hasta la teoría de la evolución parecía subversiva y un extraño vínculo unía la historia de los peces y marsupiales con el Triunfo de los Nuevos Ideales. Y tampoco faltaba la *Energética* de Ostwald, esa especie de biblia termodinámica, en que Dios aparecía sustituido por un ente laico pero también enigmático, llamado Energía que, como su predecesor, lo explicaba y lo podía todo, con la ventaja de estar relacionado con la Locomotora (*Ensayos*, p. 148) (11).

Hay pasajes en que la ironía de Fernando Vidal es la de Sábato, quien a través de su personaje recuerda satíricamente hechos reales

---

(11) La termodinámica es una rama de la Física que interesó durante años a Sábato. Hasta llegó a proponer una nueva teoría sobre el primer principio de la termodinámica. Véase la obra de Neyra, citada en nota 8, pp. 105-123, y M. A. Correa: *Genio y figura de E. Sábato* (Buenos Aires, Eudeba, 1973, 2.<sup>a</sup> ed.), pp. 79-80.

de la vida histórica argentina. A continuación del pasaje citado, Fernando recuerda:

Hombres y mujeres que se encontraban en estas bibliotecas se unían luego en libre matrimonio y engendraban hijos a los que llamaban Luz, Libertad, Nueva Era o Giordano Bruno. Hijos que la mayor parte de las veces, en virtud de ese mecanismo que lanza los hijos contra los padres o, en otras, simplemente, merced a la complicada y generalmente dialéctica Marcha del Tiempo, se convertían en meros burgueses, en rompehuelgas y hasta en feroces persecutores del Movimiento, como en el caso del renombrado comisario Giordano Bruno Trenti (p. 312).

Aquí habla el autor. Hubo miles de hijos e hijas que sobrellevaron (y sobrellevan) esos nombres de pila, y que actuaron exactamente de modo opuesto al designio de los padres. El «comisario» del que aquí se habla, existió. Fue un tristemente célebre «profesor» que en los años de 1944 a 1946 sometió a la Universidad de Buenos Aires a una feroz purga ideológica acompañada de bastonazos, cárceles y cesantías. En la realidad histórica se llamó Giordano Bruno Genta..., y una sola de sus cesantías colectivas echó a la calle alrededor de 600 catedráticos... (12).

Pocas líneas más tarde, Fernando-Sábato ironizan tenebrosamente sobre el tratamiento poco amistoso que los republicanos españoles soportaron en los campos de concentración franceses, después de ser derrotados en la guerra civil:

Dejé de ver a Iglesias cuando empezó la guerra de España... En 1938 se refugió en Francia, donde seguramente tuvo oportunidad de apreciar los fraternales sentimientos de los ciudadanos de ese país y las ventajas de la Vecindad y del Conocimiento sobre la Lejanía y la Ignorancia Mutua... (pp. 312-313).

A las ironías contra el progresismo y cientifismo de los socialistas, suma Fernando su desconfianza frente a la creencia argentina en la enseñanza primaria como la panacea que puede solucionar todos los problemas:

Con algunos libros de historia y con la sección policial de los diarios de la tarde en la mano me veía obligado a explicarle (a una maestra socialista) el ABC de la condición humana a esta pobre diabla que se había educado bajo la dirección de distinguidas educadoras y que creía, más o menos, que el alfabetismo re-

---

(12) Episodio que significó la cesantía del mismo Sábato, véase *op. cit.* de M. A. Correa, p. 81, y A. Dellepiane, *cit.*, p. 21.

solvería el problema general de la humanidad: momento en que yo le recordaba que el pueblo más alfabetizado del mundo era el que había instaurado los campos de concentración para la tortura en masa y la cremación de judíos y católicos. Con el resultado, casi siempre, de levantarse de la cama, indignada contra mí, en lugar de indignarse contra los alemanes: ya que los mitos son más fuertes que los hechos que intentan destruirlos, y el mito de la enseñanza primaria en la Argentina, por disparatado y cómico que parezca, ha resistido y resistirá el ataque de cualquier cantidad de sátiras y demostraciones (pp. 302-303).

En varios lugares el ensayista Sábato ha dicho esto mismo; elijo uno de ellos:

James Mill, en el buen tiempo viejo, imaginaba que cuando todos supieran leer y escribir estaría asegurado para siempre el reinado de la Razón y de la Democracia. ¡Pobre James Mill! Abrir escuelas, «educar al soberano», etcétera, etcétera. Pero ¿para enseñar qué? Bastaría recordar que el pueblo más instruido del mundo fue el alemán. Es extraño que todavía haya gente que siga creyendo en este mito (*Ensayos*, p. 194) (13).

Algo parecido ocurre con la idea popular sobre los caracteres nacionales. Fernando Vidal se ríe de ella con ferocidad. Está hablando con la dueña de una pensión y comenta la honradez de su esposo muerto (que se llamaba Etchepareborda):

—Hacia honra al apellido —comenté.

—Así es, señor Vidal.

Honradez de los Vascos, Flema Británica, Espíritu de Medida de los Franceses, mitos que, como todos los mitos, son invulnerables a los pobres hechos. ¿Qué pueden significar, en efecto, coimeros como el ministro Etcheverry, energúmenos como el pirata Morgan o fenómenos como Rabeldais? (pp. 347-348).

Ya en la primera obra de su pluma, nuestro autor se reía de este mito (*Ensayos*, p. 44); y poco más adelante:

Nunca he podido comprender el entusiasmo con que muchos se aferran a una teoría tan manifiestamente falsa; la historia muestra hasta el cansancio que no hay caracteres nacionales invariables... Hay gente que sólo se siente tranquila cuando esquematiza: el *esprit de mesure* de los franceses, el *sense of humour* de los ingleses, el mercantilismo de los judíos... (*ibíd.*, p. 65).

---

(13) Esta oposición a la enseñanza primaria recuerda un poco a esas madres que sostienen que los hijos pequeños no deben usar cuchillos, porque a veces se producen con ellos heridas; o la de quienes se oponen a la educación sexual, diciendo que provoca en los niños un interés inmoral y prematuro por el sexo...